

nifica casa, y cuando todo estuvo dispuesto, se dirigió á las diferentes tribus exigiéndolas que se dignasen confiarle la educacion de los hijos. Estos, que apreciaban en gran manera al Jesuita, accedieron sin dilacion á sus instancias y le entregaron sus hijos; de los que haciendo unos discípulos predilectos, les instruyó en el conocimiento de Dios, amoldándolos paulatinamente á las doctrinas del Evangelio é inflamándolos en el celo de que estaba animado. Hábilos recibido salvajes, y al devolvérselos cristianos y apóstoles, exigió de ellos otros nuevos. Apenas de regreso en sus tribus, estos niños transformados ya en hombres por medio de la educacion, pasaban á ser el objeto de la admiracion de sus compatriotas, á quienes dominaban por la superioridad de su ciencia; y haciéndose apreciar de ellos por su modestia, enseñábanles á su vez lo que habian aprendido del Misionero. Este pasaba á visitar anualmente las colonias, y cimentaba por medio del Bautismo la obra que sus catequistas habian bosquejado.

Hallándose al cabo de quince años á la cabeza de una cristiandad numerosa, y habiéndola reunido en sociedad, viéronse acudir presurosos á su llamamiento los hombres y las mujeres, los ancianos y los niños, quienes, consagrándose con todo su ardor al trabajo, edificaron una poblacion y un templo, que fue inaugurado en 12 de diciembre de 1728. El Jesuita, en tanto que acababa de triunfar tan completamente de los salvajes, marcha, en union de los PP. Lavit y Fauque, en busca de otras tribus mas internadas; y después de recorrer de consuno las márgenes de los rios, conquistan hordas enteras al catolicismo, y establecen en los mismos parajes nuevas colonias.

Otorgada exclusivamente á los Jesuitas la administracion espiritual de las colonias francesas de la costa de Santo Domingo, por una real cédula expedida por Luis XIV en 29 de noviembre de 1705, se diseminaron los PP. Margat, Olivier, Boutin, Laval, Pers, Breton, Nolard, Jacobo de la Vallière, Lexi, Ailain, Michel, Larcher, Ayma, Autilhac, Huberland, Creuilly y Crossard desde Cayenne hasta el fondo de las Antillas; obrando en este suelo virgen, á favor de inauditos esfuerzos, el milagro que acababan de realizar en el Paraguay. Sesenta y cinco años habian transcurrido desde la época en que los primeros Jesuitas habian plantado en estas comarcas el árbol de la Cruz; y el gérmen de la salvacion, regado con su sangre, habia producido copiosos frutos.

Y no se limitaban solamente al papel de misioneros en medio de estos pueblos infantiles: habíanse propuesto hacer apreciar el nombre de la Francia, y sabian morir por la patria del mismo modo que por la fe católica. Todavía era venerado entre los negros é indígenas el nombre de Enrique Laborde, Jesuita que llegado á las Antillas en 1650, no cesó de sacrificarse por ellos, y que, reuniendo á los desalentados franceses en el momento en que los hijos de Albion invadieron en 1666 la isla de San Cristóbal, logró reanimar con sus consejos los abatidos corazones de sus compatriotas, que arrojaron de la isla á los soldados britanos. Pero no tardaron estos en armarle una emboscada, asesinándole cobardemente en 20 de abril del mismo año. Los naturales no olvidaron jamás la memoria de este crimen; y como el nombre del Misionero era venerado de todos ellos, sirvió de salvoconducto á los que en pos de sus huellas surcaron aquellos mares.

La insalubridad del clima, las prolongadas y penosas fatigas, los peligros que era preciso arrostrar; todo, en una palabra, conspiraba contra sus dias: esperábales una muerte segura al sentar el pié en este suelo devorador en que, pálidos y extenuados, arastraban en fuerza de su caridad una penosa existencia, sostenida únicamente por lo vivo de su celo y de su fe; pero cada dia que pasaba veia el descubrimiento de una nueva tribu. De un lado se hallaba la nacion de los Amikuanes ó indios de las orejas largas, mientras que del otro se veian los Palikuros, Corunarios, Pyayes, Galibis, Tocoymas, Maraones, Macapas y Ovays, colonias todas, que á causa de la espantosa disolucion en que vivian, necesitaban indispensablemente la presencia de los misioneros. Y no eran por cierto los moradores de las Antillas los únicos seres destinados á la distribucion del pan evangélico; todavía existian en las colonias millares de esclavos negros que, comprados en el Congo y el Senegal, habian pasado á engrosar con su sangre la fortuna de sus propietarios, de quienes en recompensa de sus improbos afanes recibian el trato mas infame y cruel. Ya los Jesuitas, á ejemplo del P. Claver, habian creado residencias en todos los puntos de depósito de negros; estableciéndose en Loando, Gabon y Santiago, con el objeto de aliviar estas miserias de la esclavitud, ó bien con el de participar á las víctimas de ella que todavía les quedaba en el cielo un Padre y un Señor menos implacable que los de la tierra; pero este conocimiento de los

misterios del Evangelio no podia dirigirse á la inmensa multitud de esclavos exportados, quienes, en su mayor parte, llegaban á Santo Domingo y á la Martinica en un estado tal de degradacion, que hasta ignoraban el nombre del Ser supremo. Sin embargo, los discípulos del Instituto se hicieron los amigos y protectores de estas criaturas á quienes abandonaba todo el mundo; y como escribe en 1682 el P. Mongin: «Tenemos cuatro casas destinadas para socorrer á los negros: una en la isla de Guadalupe, dos en la de San Cristóbal y otra en Cayenne; y no hay mas sacerdotes que nosotros para los franceses, negros é indios.»

Acababan de aceptar en las Antillas una triple mision: constituianse por un lado en defensores de los esclavos; esforzábanse por otro á hacer menos exigentes á los colonos, y marchaban al descubrimiento de regiones desconocidas, ofreciéndoles la Cruz como principio civilizador; y sabiendo formar un idioma comun de todos los dialectos particulares, creaban á los indígenas una patria, un culto y una instruccion. Veíaseles tan pronto predicar á los colonos la virtud de la humanidad, que para ellos no era mas que una palabra, tan pronto lanzarse á las guaridas donde se refugiaban los negros cimarrones; y haciéndose superiores á todos los peligros, hablaban á unos sobre la virtud de la clemencia, al paso que á los otros acerca de un deber cuyo único juez seria el cielo. Esta caridad de todas las horas, que la generacion que acababa de sucumbir á la fatiga legaba á la generacion que la sucedia, jamás llegó á debilitarse: las infinitas bajas que diariamente experimentaban los Jesuitas en estas misiones eran cubiertas instantáneamente por otros nuevos operarios del mismo Instituto. Solamente la provincia de Nueva-España ó de Méjico ocupaba en 1740 á mas de ciento cuarenta Padres, quienes tenian bajo su direccion mas de quinientos mil indios, sin contar los de las Antillas francesas, donde produjo la Compañía idénticos resultados.

Si tantos y tan inauditos esfuerzos no tuvieron siempre la fortuna de verse coronados del triunfo, por tener que ejercer sus trabajos sobre una poblacion á quien el tráfico de negros ponía en continuo movimiento, no por eso dejaron de continuar en las costas de África, en el Congo, Angola y el interior del continente africano la obra de sus predecesores. Es verdad que los Jesuitas no se dirigian jamás á los mismos hombres que, libres hoy y es-

clavos mañana, desaparecian para siempre; precaria situacion, que hacia en África de la caridad una incesante fatiga, que raras veces se veia compensada por los goces del apostolado; pero á pesar de que en Guinea y la Senegambia no sucedia lo mismo que entre los salvajes de América, donde el misionero abrigaba al menos la esperanza de llegar á civilizarlos y á inspirarles el amor á la familia, no por eso renunciaban á semejantes misiones. Percian, es cierto, en estos parajes tan fecundos en naufragios antes de haber arribado al puerto; sucumbian á la violencia de las enfermedades pestilenciales, ó morian á manos de los negros, por cuya instruccion se sacrificaban; mas todos estos naufragios y todas estas muertes no podian retrasar el movimiento que impulsaba á los individuos de la Sociedad hácia estas funestas costas. Acababan de fundar dos colegios, uno en el Congo, y en Angola el otro; y llevados de una feliz idea que solo la caridad cristiana puede inspirar á la filantropía, crearon en su iglesia de Loando una sociedad de náufragos, cuyo objeto se reducía á recoger á los marinos y pasajeros, á quienes arrojaba el mar á la ribera, después de haberse tragado sus bienes. Y no se limitaba la eficacia de su beneficencia á disputar su presa á las encrespadas olas, preservándola de una muerte segura: érales preciso proporcionar recursos á los náufragos, y facilitarles el regreso á su patria. Á este fin asociaron á la obra á todas las señoras ricas de la colonia; é imponiéndolas como un piadoso deber el trabajar en los vestidos que necesitaban los infortunados, supieron de este modo sostener esta asociacion, y á pesar de las calamidades que pesaron sobre la mision de África, la propagaron en otros puntos.

Pero, al paso que trataban de combinar sus esfuerzos para extender el imperio de la Cruz por tan diversos puntos, no habian olvidado los Jesuitas á su patria, cuya pujanza y recursos trataban de acrecentar dándola como aliados ó como súbditos los pueblos que arrancaban á la barbarie. Visto por ellos que la difusion de las luces ensanchaba cada dia mas el círculo de las ideas multiplicando incesantemente los centros de accion comercial, fueron los mas ardientes promotores de la colonizacion; y renunciando á su pensamiento siempre comun para consagrarse al servicio de su país, crearon al comercio numerosas salidas. Hemos visto ya lo que realizaron los Padres españoles y portugueses en las Indias y en la América meridional, con el fin de hacer que triunfa-

se el pabellon de su metrópoli; réstanos ahora decir lo que emprendieron los Jesuitas franceses en las colonias del Canadá, donde, si los primeros apóstoles cuyos trabajos y martirios hemos referido habian realizado prodigios de civilizacion, aplicaron sus sucesores con tanta inteligencia el plan inaugurado por aquellos, que en breve fue cristiana y francesa la mejor parte del mencionado país.

Confinante la Nueva-Francia con la Nueva-Inglaterra, renovábase á causa de esta proximidad los antiguos odios y celos de ambas naciones; porque los Anglicanos no podian ver con ojos tranquilos los progresos que en la América septentrional hacian el catolicismo y el nombre de los Borbones. Los hijos de Loyola habian regenerado estas tribus: los Hurones, Esquimales, Algonquines, Abenakis, Illineses y Miamis acababan de aceptar con júbilo el Evangelio, pasando del estado salvaje á disfrutar las ventajas de una condicion feliz; enseñábanles á confundir en un mismo amor á Jesucristo y á la Francia; y después de haberles transmitido las nociones de un culto, unas costumbres y una familia, les ofrecian una patria dispuesta á protegerlos en cualesquiera ocasion: los Canadienses en cambio, y como por veneracion á la memoria de los Padres que habian consagrado su existencia al apostolado, seguian sin vacilar el camino que les trazaban sus sucesores, y marchaban en pos del *Ropaje negro*<sup>1</sup> con la misma alegría que lo verifica un niño tímido con respecto á su madre; mandábanles el Ropaje negro que fuesen fieles á Dios y al Rey, y obedecian sin dilacion. Este imperio ejercido por los Jesuitas sobre unas poblaciones vírgenes desagradaba á los ingleses, y no tardaron, sirviéndose de los Iroqueses como de una palanca para batir en brecha á la civilizacion que se propagaba en provecho de la Francia, en crear sobre los lagos del Canadá ó en los bosques del Labrador, una oposicion incesantemente armada. El Jesuita habia pasado á ser el amigo de todas las tribus, que le elegian por medianero en sus discordias, le honraban en sus fiestas, y le rodeaban de un prestigio que su inalterable paciencia acrecentaba al menos tanto como su ciencia; pero si en todas ocasiones acudian á él en busca de la paz, suponíanle tambien

<sup>1</sup> Este nombre, aplicado en un principio á solo los Jesuitas, se extendió después á todos los misioneros católicos; si bien los Canadienses designaron mas particularmente con este apodo á los sacerdotes de la Compañía de Jesús.

asaz omnipotente en caso de guerra para conquistarles el triunfo.

Queriendo conservar sobre tantos corazones versátiles la autoridad que podia destruir un solo capricho, condenábanse los misioneros á una existencia nómada asociándose á sus neófitos. Acompañábanles unos durante el verano en sus cacerías ó sobre los lagos; sumíanse otros con ellos durante el invierno en sus cabañas sepultadas entre la nieve; y muchos de ellos, tales como Crepissezil, Morain, Nourel, Silvy, Boucher, Delmas, André, Beschefer, Allouez y de Ablon, pasaban así la mayor parte de su vida. Otras veces, para mantener el gérmen de la fe entre tantas poblaciones apenas salidas de la barbarie, se les veia empeñarse entre los glaciales témpanos, y divagar por el radio de treinta ó cuarenta leguas, visitando á las familias á quienes el invierno retenia en las montañas ó en el interior de los bosques. Habiendo salido el P. Marquette con direccion á Michillima Kinac en el mes de mayo de 1675, espiró, agobiado bajo el peso de los años y las fatigas, en la embocadura de un rio; y como en vida se habia hecho amar de los Canadienses, enterráronle estos en el mismo paraje donde exhalara el último aliento, dando en seguida á este riachuelo el nombre de *Rio del Ropaje negro*.

La incesante lucha que los Iroqueses, aliados de la Inglaterra, sostenian contra las demás tribus y contra la Francia, acarrea cada dia su contingente de desgracias. Envidiosos los hijos del Tamesis de la prosperidad que gozaban estas colonias, se propusieron desde luego arruinarlas, ó separarlas al menos de la metrópoli; pero visto que los Jesuitas eran incorruptibles, trataron de hacerlos odiosos. Engalanóse la impostura bajo los mas extraños disfraces para seducir á aquellas gentes sencillas, que la rechazaron con desprecio haciendo inútil tan odiosa maniobra. Dotados los Canadienses de un amor patrio á toda prueba, y no abrigando en su corazon ni en sus ideas cosa alguna que les hiciese simpático el nombre inglés, cuando el almirante Filippus puso sitio á Quebec en 1690 lucharon con tal valor contra las fuerzas de la Gran Bretaña, que la escuadra bloqueadora se vió precisada á levantar el sitio.

El P. Marquette habia fundado, dos años antes de su muerte, una mision en Kaskasquias, país de los Illineses, quienes se habian mostrado dóciles á sus instrucciones. El suelo de esta comarca no presentaba, como la mayor parte de los otros, una as-

pereza espantosa: bañábanle grandes rios; hallábase circundado de verdes y hermosas praderas, y sombreábanle multitud de bosques, que hacian de él el oasis de la América septentrional; las costumbres de sus habitantes participaban tambien de la amenidad del país. El P. Jacobo Gravier, que enlazó íntimamente su nombre con la suerte de esta colonia, penetró en ella hácia el año de 1700, y secundado por los PP. Juan Mermet, Gabriel Marest, y Julian Bineteau, misioneros que habian franqueado esta region al Evangelio, llegó en poco tiempo á iniciar á los naturales en la Religion, cuya misteriosa belleza comprendieron al momento. Una vez sojuzgados los Illineses, lanzóse el Jesuita al país de los Peouarias, que, después de haber acogido con docilidad sus doctrinas, no tardaron en someterse á su yugo; pero habiendo empezado los franceses, que siempre se hacian preceder de los Jesuitas, á establecerse en el Mediodía de la Luisiana, hácia la embocadura del Mississipi, trataron de aproximar á los Peouarias á su naciente villa con el objeto de formar un baluarte contra las invasiones de los ingleses. Era preciso, pues, preparar á los salvajes, transformados ya en neófitos, á esta transmigracion; y no encontrando otra persona más á propósito que el P. Gravier, echaron mano de él para encargarle una mision tan delicada. Este, que veia los inconvenientes que podian resultar de este cometido, cedió no obstante á las instancias de los oficiales; pero habiendo reconquistado los charlatanes y sacerdotes de los ídolos el ascendiente minado por su predicacion, armáronle una emboscada, y sucumbió víctima de su celo por la ventura de su patria. Mas no por eso dejó de progresar su obra predilecta secundada por los PP. Bineteau, Marest, Chardon y Pinet; y cuando en 1721 recorrió Charlevoix, el historiador del Canadá, todas estas comarcas, no encontró en ellas mas que cristianos.

Adheridos los Illineses á la Metrópoli por deferencia á los Jesuitas, quienes habian obtenido entre ellos los triunfos mas duraderos, se hicieron un deber de rechazar las proposiciones de los Chactas y las promesas de la Gran Bretaña. Así es que cuando en 1793 abandonó Choiseul á la Inglaterra las posesiones de la América septentrional, no consintiendo Ponkias, jefe de la tribu de los Ontawas, suscribir á este vergonzoso tratado, se retiró á este país como al último lugar de refugio, donde le seria dado batirse en honor de la que era su patria por adopcion; porque,

como dice Chateaubriand <sup>1</sup>, «si la Francia conservó por tanto tiempo el Canadá á despecho de la alianza hecha entre los Iroqueses é ingleses, á nadie mas que á los Jesuitas debió sus triunfos.» El P. Charlevoix, que habia inaugurado su carrera en las misiones, cuyo analista debia ser mas tarde, recibió del Regente el encargo de visitar de nuevo en 1720 estas comarcas, y recoger en ellas las notas de que necesitaba el poder para aumentar sus conquistas; pero el sucesor de Luis XIV se contentó con prohibir que se publicara el plan que trazara el Jesuita, y que aquél gran Monarca hubiera sabido aprovechar. «Si en vez de ocultar entonces con sumo cuidado las cartas de este Jesuita dirigidas á la duquesa de Lesdiguières, así se expresa el conde Barbé-Marbois <sup>2</sup>, las hubiesen publicado sin dilacion, otro hubiera sido infaliblemente el destino de la colonia; pero esta correspondencia tuvo la desgracia de no ver la luz pública hasta pasados veinte y cinco años.»

Los proyectos de Charlevoix asustaron al Gobierno de Luis XV, que, salido apenas de manos de la regencia, se creia todavia obligado á ser inglés; mas no por eso dejaron otros Jesuitas de realizar lo que su colega acreditaba con la experiencia de los hechos. Veian en el anglicano un enemigo de su religion y de su patria, y en este concepto enseñaban á sus neófitos á desconfiar de él. Los Iroqueses acababan de dispersar las colonias de los Hurones, que, diseminándose por el territorio del Canadá, arrastraban consigo el luto de la familia y del país; y no queriendo los misioneros dejar un camino expedito por donde se pudiese acusar á la Francia, ó por donde pasasen tal vez estos pueblos á buscar en su desesperacion una proteccion mas duradera, lanzáronse en pos de los fugitivos, reuniéronlos uno por uno, y crearon con estos restos de pueblos otro pueblo de cristianos: en seguida pasaron á saludar con el nombre de Loreto esta nueva colonia, donde los PP. Chaumonot, Chollenec, Couverts, Martin, Bouvard, Avongond y Richer fecundaron sucesivamente el germen de las virtudes.

Conociendo los Jesuitas, así como el gobernador del Canadá, conde de Fontenac, cuán necesario se hacia un tratado de paz que todas las tribus ansiaban, encargaron á los PP. Carheil y Angelran

<sup>1</sup> *Genio del Cristianismo*, parte 4.<sup>a</sup>, libro I, cap. VIII.

<sup>2</sup> *Historia de la Luisiana*, pág. 122.

de una mision, en la que era muy difícil hacer convenir á los Iroqueses. Pero habiendo logrado con mucho trabajo decidirles á unirse á los diputados de todas las naciones reunidas, aceptaron en 1701 las condiciones propuestas. Este tratado, cuyas cláusulas de acuerdo con el caballero de Cailleres habia dictado un jefe huron, célebre bajo el apodo de *Rat*, franqueaba á los Jesuitas este país antes hostil, á donde entraron con el Crucifijo en la mano.

Los Iroqueses empero, á quienes habian vencido en 1666 el marqués de Tracy y Courcelles, no perdonaron jamás este triunfo á los hijos del Sena. Independientes por naturaleza, al par que sanguinarios por necesidad ó por placer, parecían una fruslería la crueldad y el perjurio: querian conservar á toda costa su libertad contra las tres potencias europeas que se disputaban el imperio del Canadá; y, puestos eternamente en guardia contra los holandeses, británicos y franceses, jamás dejaban violar impunemente sus fronteras. Y sin embargo, habiendo conseguido los ingleses ganarse á fuerza de astucia y dádivas la voluntad de los principales jefes, se crearon numerosos aliados, y después estimulando su feroz instinto, suministraron armas con que poder desfogar su natural colérico. Creyendo los Jesuitas que, para conjurar esta situacion tan fecunda en riesgos para las cristiandades, era indispensable arrostrar sus consecuencias en el mismo centro del campamento enemigo; lanzáronse á él los PP. Frémyn, Pierson, Brugas, Garnier, Carheil, Milet, Vaillant, de Gueslis, los dos Lamberville y el hermano Meigneray, quienes arrostraron todos los padecimientos corporales, y todas las amarguras y sufrimientos espirituales á fin de suavizar las costumbres de los Iroqueses. Los holandeses é ingleses habian comprendido á su vez cuánto importaba al desarrollo de sus cálculos político-protestantes neutralizar los esfuerzos de los Jesuitas; y, para llevar á cabo su plan, trataron de fomentar en los habitantes de estas tribus la pasion á los licores fuertes <sup>1</sup>, alimentándolos con toda suerte de

<sup>1</sup> Dejáronse ver no obstante algunos oficiales ingleses que no quisieron asociarse á este cálculo de intemperancia. Francisco Lovelace, uno de ellos, comandante del fuerte James, en Nueva-Orange, prometió al Jesuita Pierson en 18 de noviembre de 1668, poner un término á semejantes abusos, cuya supresion era exigida por algunos jefes de los Iroqueses, mas prudentes que los otros.

sacrificios, y especulando sobre el rom y el aguardiente, de que hicieron entre ellos una especie de necesidad.

Vecinos de los Iroqueses los discípulos de Enrique VIII é Isabel querian á toda costa extrañar de aquel país á los Jesuitas, seguros de que si llegaban un dia á dominarlo á favor de la crápula y de los predicantes bíblicos, no tardarian en dominar sobre él como señores absolutos. Pero los misioneros no se dejaron intimidar por los ultrajes ni engañar por la astucia: habian tomado á pechos la regeneracion de aquel pueblo, y arrostraron todos sus furores, haciendo frente de paso á todos los emisarios de la Gran Bretaña. Dedicados entre tanto á consolar á los prisioneros que hacian los Iroqueses, hacíanlos cristianos en la tortura, administrábanles el Bautismo en el momento del suplicio, y dulcificaban á sus ojos una muerte que á cada paso estaba amenazando sus cabezas. Si desde el Sault San Luis hasta el fondo de estas regiones les era preciso combatir á cada instante la corrupcion y los vicios de la Inglaterra, tambien les fue dado ver entre prolongados y crueles martirios, que les era permitido esperar un porvenir mas lisonjero.

Nada les importaba que los Iroqueses hablasen de engullirse los *Ropas negras*: nada que el coronel Duesgan, director de las tropas y de la política de Inglaterra, les amenazase con la horca: los Jesuitas no eran hombres que se aterrassen á vista de estos peligros y amenazas. Enhorabuena que se les prive de su libertad; que se les arrastre cautivos en pos de las hordas errantes; ellos marcharán gustosos con ellas, porque allí como en todas partes tendrán ocasion de difundir el germen del cristianismo. Sin embargo, habiendo proclamado los Iroqueses su neutralidad en 1708, y habiendo preparado un armamento contra los franceses, se vieron precisados los misioneros, en lo mas recio de la lucha, á renunciar á este suelo ingrato. El P. Pedro Mareuil, que se hallaba á la sazón bajo las tiendas de los salvajes, dió parte al marqués de Vaudreuil, gobernador del Canadá, que la Inglaterra les habia provocado al combate. Sabido esto por los ingleses, se apoderan del Misionero, y le conducen cautivo á Nueva-Yorck; siendo este el último Jesuita que pisó el territorio de los Iroqueses.

Hallábanse al mismo tiempo los Jesuitas á la parte del Norte y Mediodia, ocupando los puestos mas difíciles y los pasos mas im-